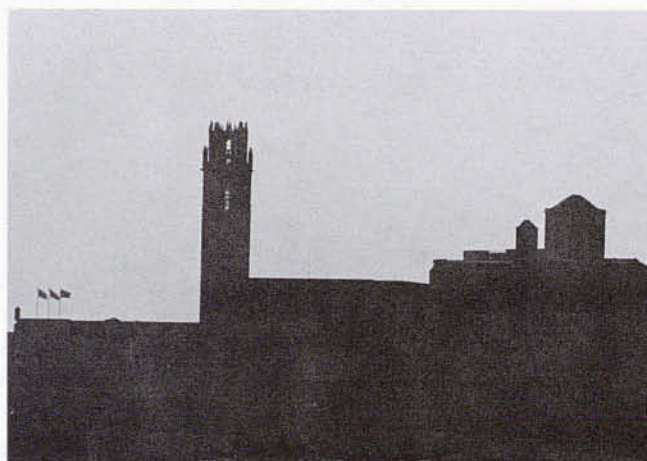


LÉRIDA,

HISTORIA Y CULTURA

LÉRIDA (LLEIDA, EN CATALÁN) ES LA CIUDAD CATALANA MÁS IMPORTANTE DEL INTERIOR Y PROYECTA SU INFLUENCIA NO SÓLO A LAS COMARCAS OCCIDENTALES SINO TAMBIÉN A TODO EL TERRITORIO QUE SE CONOCE CON EL NOMBRE DE “FRANJA DE PONIENTE”.

MIQUEL PUEYO DIRECTOR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ILERDENSES



Se ha dicho que la historia de Lérida es una historia llena de sangre y no es un tópico, pese a que se trate, infortunadamente, de un rasgo común a muchas ciudades europeas. A causa, principalmente, de su condición fronteriza entre el Principado de Cataluña y el resto de la península, la historia de la ciudad está llena de descalabros urbanísticos, demográficos y sociales, derivados de la peste, de los sitios y las guerras, y de los antagonismos político-sociales. Por un lado se explica, así, que en Lérida no exista un núcleo histórico importante y que sean tan escasos los monumentos civiles, como el antiguo Hospital de Santa María —sede del Instituto de Estudios Ilerdenses— o el Palacio de la *Paeria*, que alberga al gobierno de la ciudad. Por el otro, el exilio forzoso y reiterado de tantos ciu-

dadanos activos que tuvieron que buscar nuevos caminos en Barcelona o en el extranjero —especialmente después de cada bandazo histórico— ha dificultado enormemente la consolidación y la propia continuidad de numerosas iniciativas cívicas y culturales.

Lérida es la ciudad catalana más importante del interior y, desde el punto de vista educativo y cultural, proyecta su influencia no sólo a las comarcas occidentales sino también a todo el territorio que se conoce con el nombre de *Franja de Poniente*: poblado por unos 50.000 habitantes de expresión catalana, es administrado por el gobierno autónomo de Aragón pero tiene en Lérida su capital económica y cultural. El catalán es la lengua mayoritariamente usada en Lérida y la ciudad se identifica plenamente con las

aspiraciones de la comunidad catalana, aunque presenta rasgos específicos, entre los que cabe destacar una especial vinculación histórica y lingüística con el País Valenciano y la *Franja de Poniente* y una eventual conexión con el mundo occitano, a través del valle de Arán, territorio de lengua occitana situado en la ladera atlántica de la circunscripción de la que Lérida es capital. Sin duda, la ciudad puede ser cada vez más un puente cultural importante entre tierras aragonesas, occitanas, andorranas, valencianas y de la Cataluña litoral.

Por los motivos ya esbozados, Lérida no es una de esas ciudades cuya belleza se impone al visitante y su equipamiento cultural acaba de salir de la penuria de los últimos cuarenta años; en Lérida, como en todas las ciudades pequeñas y medianas,



© ELOI BONJOCH

las censuras sociales, económicas, ideológicas y clericales se ejercieron con mayor eficacia que en las grandes urbes. Como era de esperar, la implantación del sistema democrático y de la autonomía catalana ha propiciado el despertar y la consolidación de numerosas iniciativas y empresas culturales. En este sentido, la influencia de las instituciones y de la consolidación de los estudios universitarios ha sido muy importante.

La *Paeria* —nombre tradicional con el que se conoce el ayuntamiento de la ciudad— ha promovido una considerable tarea de dinamización y divulgación cultural; la Diputación ha propiciado la reforma en curso del Instituto de Estudios llerdenses y ha dado soporte a las iniciativas de los pequeños municipios de la circunscripción; la Generalitat también ha dejado sentir su influencia en diversas iniciativas; el *Estudio General* (conjunto de facultades y escuelas que dependen de la Universidad de Barcelona) y las delegaciones correspondientes a la Universidad Politécnica de Barcelona y a la Universidad Autónoma de Barcelona, al consolidarse, se han convertido en un poderoso motor de la renovación cultural e investigadora; las asociaciones y entidades —como el Ateneo Popular de Poniente, con más de un millar de socios en activo y

un constante crecimiento— han asegurado que este renacimiento no sea un fenómeno artificial y desconectado del entorno social, al tiempo que exigían de las instituciones un constante esfuerzo de adecuación.

Asimismo, tiende a incrementarse la aportación leridana en los campos de la investigación, la creación literaria y la divulgación cultural, corrigiendo parcialmente una constante histórica de la ciudad y su entorno: el predominio de las individualidades destacadas en el liderazgo político y sindical sobre las que brillaban en la actividad académica, literaria y cultural.

Lérida ofrece al visitante un conjunto discreto de museos (de Arte Jaume Morera, Arqueológico, del I.E.I., Numismático, de la *Paeria*, Diocesano...), monumentos como la Seo Vieja, el antiguo Hospital de Santa María, la iglesia de Sant Llorenç o la *Paeria* y una animación cultural relativamente importante (exposiciones, congresos, conferencias, cursos...) que se concentra, sobre todo, en el período comprendido entre octubre y junio. De julio a septiembre —precisamente cuando los frutales que rodean la ciudad viven el frenesí de la cosecha y la exportación— destacan las Escuelas de Verano, las fiestas populares y las actividades al aire li-

bre. Entonces deben aprovecharse las horas vespertinas, si gustan los paseos, para darse una idea de la transformación de Lérida —el escritor Miguel Delibes hablaba esta primavera de una ciudad enteramente renovada—, contemplar las esculturas de Leandre Cristòfol y de otros autores contemporáneos instaladas en la calle o dejarse caer en cualquier terraza de la ciudad para saborear su vida cotidiana y la de sus habitantes.

En este caso, el viajero haría bien si se ayudara con la lectura de las reflexiones de Josep Pla sobre los comercios de la ciudad o sobre las atractivas mujeres morenas, de ojos almendrados, que él consideraba un testimonio —poético, si se quiere— de la herencia árabe. También resultaría aconsejable la lectura de cualquier libro de Josep Vallverdú —uno de los más importantes escritores leridanos y catalanes contemporáneos— que ha sabido captar extraordinariamente el carácter de estas tierras y de sus habitantes. Por fin, será preciso que el visitante no pierda la oportunidad de comparar los paisajes y los habitantes de la Cataluña litoral y que no olvide que se encuentra en una de las ciudades catalanas que durante más tiempo permanecieron en poder de los árabes: cuatrocientos treinta y cinco años. ●